

172

IMAGENES PARA DISTRAER EL TEDIO
Hugo Chaparro Valderrama
Laboratorios Frankenstein

"Que venga, que venga el cine para disipar el tedio y su influjo preocupativo", escribía en Eros de la Montaña (Carmen de Bolívar), tudes del cine.

¿Acaso el tedio era tal que el cine resolvía, al menos durante el sueño de una proyección, su influjo preocupativo?

Piense el lector lo que era, ya no Carmen de Bolívar en 1914, sino Bogotá, a principios de un siglo que se deslumbraría con el cine. Una ciudad parroquial, donde las entreteniciones más celebradas eran las vitas, el patinaje, los funerales, la misa y, quizás, el chismorreo -no en vano, uno de los libros más recordados de nuestra larga y difícil historia literaria, es un compendio de chismes históricos, el immejorable Carnero de Juan Rodríguez Freyle.

Sería en medio de ese panorama cuando don Ernesto Vieco trajera el cine a Bogotá, en 1897, estrenándolo para los ojos parroquiales de entonces en el Teatro Municipal de la ciudad.

Luego de tal fecha, de tal acontecimiento, Bogotá podría matizar su tedio con el ilusionismo que le enseñaban las imágenes en movimiento, con las proezas cinematográficas de antiguas vampiras del cine italiano, mudas, algo físicas -según cronistas-, de dotes apasionadas, damas de "elocuencia muda, encanto perverso" -reinas de su propio caos y del caos emocional que causaban en el público, si se quiere en la audiencia bogotana participando del mundo que le traían las películas.

La entretenición de antaño, claro está, resultaba tan diferente de la entretenición cinematográfica de hoy, que la perspectiva del tiempo nos permite descubrir, a través del cine, el temperamento de una ciudad y su público.

Una ciudad que alababa en los 1910 a Vicente di Doménico, pionero de la exhibición y la realización del cine en Colombia, por la forma como lograba reunir en el Salón Olympia -inaugurado en 1912- a "la cual ta sociedad bogotana", al "pobre labriego y el humilde artesano", a quien quisiera que fuese al cine y encontrara en él la crema pero, sobre todo y para fortuna de la feliz popularidad del espectáculo, la nata, la legión de espectadores que desde siempre le han otorgado un carácter masivo a este lenguaje.

Bogotá reaccionaría ante las películas que exhibían los Di Doménico en el Olympia, ante la programación de teatros como el Variedades, el Teatro del Bosque, la Plaza de San Victorino donde se presentaba cine al aire libre, guiándose por su juicio, por sus prejuicios, por su moral -saludable o perversa, moral que hacía el bien mirando a quién-, codeándose en la oscuridad de los recintos donde transcurría una trama determinante.

Con aplausos ante las películas cómicas, suspiros de asombro ante las primeras películas nacionales -La tragedia del silencio de los Andes- estrenada en 1924 o Como los muertos (1925) de la empresa Di Doménico- que trataban un tema frecuente en aquella época como era la enfermedad por lepra, celebrando los aciertos de películas ya extraviadas por el deterioro del tiempo, tal y como sucediera con esa película rodada en el Valle del Cauca, María (1922) de Máximo Calvo y Alfredo del Dies -tro.

Un público que honraba la herencia del romanticismo del siglo XIX, de sus personajes trágicos y en lid permanente con el destino, pero también, más allá de sus actitudes emocionales, un público que miraba con furioso recelo las películas que le mostraban su realidad inmediata, algo biado por un sentido de patria algo vergonzante cuando se trataba de sus calamidades.

Sucedió al año de ser asesinado el General Rafael Uribe Uribe, cuando los Di Doménico intentaron conmemorar el magno día de 1914, filmando El drama del 15 de octubre, contratando a los asesinos reales, en escena los reales y ante un país -y, en especial, una familia, la de Uribe- que odió la película, no por su tratamiento fílmico, que poco importaba, como por las anécdotas que rodearon el rodaje -el contrato de los asesinos, los carteles de publicidad que expuestamente burlaban la memoria del General; el espectáculo montado a su alrededor, del que muchos renegaron, viendo en el cine no un medio inigualable de información, con capacidad

BUCOTA, 2 -
única para evitar nuestra frecuente amnesia, considerándolo quizás como la atracción de feria que, también para fortuna de su población, nunca ha dejado de ser.

Una lección que se ha transformado a través del tiempo y que suelto enfrentar esa espínosa realidad que resulta tan cinematográfica, dentro y fuera de nuestros teatros.

La historia que se ha recorrido desde El drama del 15 de octubre versal, que enseña, con la ironía de una comedia cael cínica, ape- lando a la caricatura, al circo de la sordidez, los mundos que ape- puede encerrar una ciudad como es este Distrito Especial -?Especial? ?Para qué? ?Acaso para retar a sus víctimas que deben imaginar toda clase de estrategias para sobrevivir en sus calles?

El cine, en este aspecto, también permanece allí: el cierre con tinuo de los viejos teatros, de recintos como el Palermo, el Olympia, el México y el Azteca, tiene como argumento el miedo del público, el temor a la noche que fuera celebrada en la Bogotá de 1910 cuando el cine ya fuera una diversión habitual, diversión que en 1990 descubre fantasmas -reales o imaginarios- en la noche que el empres llega.

La suerte de tales teatros, de su reemplazo fine and dandy por otros en sectores de una seguridad menos frágil, del olvido en el que caen por parte de un público que prefiere refugiarse en su casa en la compañía amigable y fría de una cinta de video que evita salir y desplazarse a un teatro, han definido la nueva presencia del cine en la difícil Santa Fe de Bogotá -donde nunca antes la fe había sido tan necesaria para creer en las bondades de esta capital.

Aun así, las imágenes no desfallecen. Al menos no del todo. Siguen reflejando, en sus escasas producciones locales, la ciudad y el público que las propicia -público que no está exento de ser, bien o mal, perso- naje de su propia historia, ya sea en un film, una noticia policial o al frente de una pantalla donde se vea reflejado.

Y a través de ese reflejo -que también puede darse en ciertos films mexicanos o argentinos, en ciertas películas que comparten en otro lugar calandades frecuentes en este lugar-, las imágenes en movimiento avan- zan, no sólo por la pupila de aquel que las ve, también por la razón y los argumentos que otorga para hacer de esta diversión una vía, no de escape, tal vez de encuentro con la ficción que sugiere la realidad de- lirante que, cosa asombrosa, nos resulta acá cotidiana.

Así pues, "que venga, que venga el cine para disipar el tedio y su influjo preocupativo".

c / s m / o n / ue omo ene / d